

ESPIRITU DE CARIDAD

A la buena memoria del Dr. D. FRANCISCO FÁBREGAS MAS,
y de su esposa D.^a FAUSTINA MATA GUERRERO

POR EL

Dr. D. JOSE CORNUDELLA CAPDEVILA

Médico Numerario
del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo



Año 1940
BARCELONA

J. 1453

ESPIRITU DE CARIDAD

POR EL

Dr. JOSE CORNUDELLA CAPDEVILA

Médico Numerario
del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo



Año 1940
BARCELONA



R.19649

ESTADO DE CANTIDAD

MINISTERIO DE LA GOBERNACION

MINISTERIO DE LA GOBERNACION
Servicio Nacional de Propaganda

CENSURA
Expediente n.º B. - 1259

BARCELONA



A la buena memoria del
Dr. D. Francisco Fábregas
Mas, y de su esposa
D.^a Faustina Mata Guerrero



Dr. D. FRANCISCO FABREGAS MAS

11 Noviembre, 1857 — 15 Diciembre, 1933



Doña FAUSTINA MATA GUERRERO
18 Agosto, 1866 — 20 Octubre, 1924



ARXIU GENERAL DE LA DIPUTACIÓ DE BARCELONA
BIBLIOTECA

Ilustres Señores

Señoras

Señores

Después de los años de tragedia que ha vivido España, constituye un placer destacar las obras de paz y detenerse unos momentos en ensalzar la más noble de las actividades humanas, la virtud de la Caridad.

Desgraciadamente estas ocasiones no se prodigan mucho; su finura espiritual las sitúa en un plano superior y por ello sólo se hacen asequibles con la rareza de las cosas selectas.

Bello es socorrer las penurias aunque sean transitorias, pero es infinitamente más bello satisfacer las necesidades endémicas. Y, si la acción se dirige a reducir el trágico "no hay camas" que de manera tan lancinante plasmó el eminente artista José Llimona, en aquel cuadro famoso destinado a hacer presente la falta habitual de camas en nuestro Nosocomio, la belleza raya en sublimidad.

En el caso que señalamos hemos de hallar además otro aspecto que aureola de simpatía la Caridad, el de ser la obra dedicada a la juventud enfermiza.

En el Hogar Fábregas-Mata no resonaban bullicios infantiles, pero

en el ambiente de gran señor que revestía las paredes de aquella casa, se incubaba una inmensa conmiseración para el desvalido, especialmente para el niño abandonado, que llenaba de luz el silencio de aquel hogar infecundo.

Sentiase de corazón la máxima que Séneca grabó en sus bellísimas "CARTAS A LUCILIO", la fórmula para hacerse amar, sin drogas, ni hierbas, ni versos mágicos: "*si quieres ser amado, ama*".

Por eso la primera virtud, el nexo de toda la vida de la familia Fábregas-Mata era el amor, el sentimiento activo de la hermandad de todos los hombres dirigido preferentemente a los pobres y a los enfermos, realizando la obra de misericordia por excelencia.

Poseían la mejor nobleza, la que no radica ni en la herencia de un nombre añejo ni en la posesión de un atrio lleno de bustos ancestrales, ni en la ostentación de títulos envidiados, sino que nace de la propia señoría del espíritu.

Fuere porque la profesión y los cargos que tuvo le dieron ocasión de ver el dolor desde muy cerca, fuere por innata vocación, el hecho es que el Dr. Fábregas, lo propio que su mujer, tenía el buen criterio de no gastar el tiempo en cosas superficiales, sino cultivando la alegría que crece en la propia casa, que se halla dentro de uno mismo, la alegría austera y compartida, que no se desvanece nunca, una vez descubierta la fuente de donde brota.

Pensaban ellos que la alegría exclusiva es completamente injusta y deshumanizada y en consecuencia se apiadaban de la tristeza y de la miseria ajenas.

Como todos los espíritus de criterio elevado, no se deleitaban en las obras mezquinas, sino en las que comportaban la máxima eficiencia.

Por eso su gloria más grande y duradera, entre tantos méritos como en ellos resplandecían, es la de haber tenido siempre encendida la antorcha de la Caridad.

* * *

Fué un positivo acierto el nombrar miembro de la Junta de la Casa de Caridad al Dr. Fábregas, puesto que su espontánea inclinación a la beneficencia encontró un fertilísimo campo para desarrollarse. Y en esa actividad le acompañó también su buenísima esposa doña Faustina Mata.

No fueron este matrimonio ciertamente de aquellas personas que utilizan los cargos para satisfacer veleidades exhibicionistas, sino beneméritos dirigentes dispuestos a sufrir preocupaciones y molestias con tal de aliviar penas.

Me produjo inefable gozo el recorrer las dependencias de la Casa de Caridad en busca de la documentación auténtica para la descripción del fruto caritativo de mis biografiados. Por todas partes escuché la palabra cálida, emotiva, florecida de agradecimiento hacia los ilustres fallecidos. Ninguno de los interrogados podía contener unas lágrimas al explicar las acciones de aquel matrimonio ejemplar.

Se comprenden estos efusivos homenajes, porque ellos, realmente, habían sido los "padrins", como se les llamaba, unos padres providenciales, que nunca tenían un no para poder complacer.

En cuanto el Dr. Fábregas tomó posesión del cargo directivo, consideró aquella Casa como patrimonio familiar, que exigía el máximo esmero y el más elevado altruísmo. Casi cada día hacían, los dos, acto de presencia, no con platonismo vacío, sino prontos a recurrir a las necesidades que se presentasen.

Una de sus primeras providencias consistió en hacer penetrar la maravilla de los Reyes Magos dentro del frío cercado del Asilo. Esa noche que trae un aliento de primavera en pleno invierno, que llena de ensueños deliciosos las imaginaciones de los niños y que hace surgir gritos de gozo de las bocas infantiles, también brilla en la Casa de Caridad de Barcelona desde la intervención de los señores Fábregas-Mata.

Y con el fin de que no sufra interrupción aquella fiesta de tradición y de poesía, dejan en su testamento 75.000 pesetas destinadas a mantener la cantidad necesaria para la perpetuación de la solemnidad.

Todas las festividades, todas las efemérides de la Casa de Caridad, encuentran sus generosos cooperadores en la familia Fábregas-Mata.

Cuando se administraba el Sacramento de la Confirmación, como siempre, actuaban de "*padrinos*", pagaban todos los gastos de cuanto precisaban en tan solemne ocasión.

Por la fiesta de Santa Marta, Patrona de los cocineros, recibían éstos un magnífico regalo, para compensarles — decían los donantes — de la mortificación que representaba oír periódicamente la palabra estimulante o la reprensión afectuosa que exigía pulcritud en el trabajo.

Tenían especial interés en vigilar esta sección tan importante de la Casa, con la finalidad de proporcionar a los pobres asilados el mejor placer gastronómico, las mejores condiciones nutritivas y evitar, en todo lo que fuera posible, el aire peculiar que tienen las comidas en algunos centros benéficos.

Este deseo de superación, era contagiado a todo el personal de la cocina, el cual tenía como motivo de orgullo poder ofrecer al benemérito "*inspector*" el olor más agradable o la presentación más exquisita.

Las Navidades, Pascuas y todas las festividades que traen aparejadas tradiciones gastronómicas, eran señaladas opíparamente por nuestros munificentes protagonistas.

Y no faltaban nunca para los viejecitos, delicadezas por un motivo cualquiera, procurando viniera a propósito: un cigarro, golosinas, prendas de vestir, cualquier cosa que nimbaba de gozo la mirada de los que ya han pasado el otoño de la vida.

El día de la Virgen de los Dolores, doña Faustina, pagaba una comida extraordinaria a los enfermos paralíticos y les compraba la pieza de ropa que les hiciera falta. Al morir la señora, continuó prodigando esta fineza el Dr. Fábregas.

La sala de operaciones, con sus aparatos médicos y toda clase de utensilios que perfeccionan la asistencia científica, encontraba siempre abierta su mano bienhechora.

Recorrían todas las secciones de la Casa y el Doctor comunicaba a la Junta las deficiencias observadas a las necesidades de mejoramiento. Allí pugnaba por obtener diligencia en subsanarlas.

Su ilusión principal era el traslado de toda la población hospedada en la Casa de Caridad del interior de la urbe a Horta. Aquella salutífera montaña de Collcerola, olorosa a romero y a retama, llena de luz y de color que se mira en el azul mediterráneo, querían ofrecerla al niño sin nombre, al retoño torturado de progenitores desgraciados o viciosos, a la criatura que encarna el anatema bíblico.

No sólo se entregaban a tal obra con la fe y el ardor del proselitista, sino que destinaban a ella una parte de su fortuna personal.

Y para ofrecer una muestra de lo que sería la magna obra soñada, dedicaban lo mejor de sus actividades a los Preventorios de Horta, que ellos acabaron de construir al pie de la vertiente donde emergen ya, majestuosos, varios de los edificios que formarán la futura Casa de Caridad de Barcelona.

Al principio pasaban allí las mañanas dominicales: cuando enviudó, el Doctor iba todos los días.

La obra educativa y benéfico-social llevada a cabo en favor de aquellos seres enfermizos del Preventorio, constituye una epopeya paternal. Es la fiel realización de la parábola evangélica "*dejad que los niños vengan a mí*".

Este matrimonio ejemplar ofreció generosamente las cantidades

necesarias para todas las cosas indispensables, e incluso las de confort: muebles, vestuarios, utillaje médico, y demás, todo en perfecto acondicionamiento, como en una "buena casa" bien cuidada.

Con todo, la acción moral y el sacrificio propio, superaban a las esplendideces pecuniarias.

Todos los días, después de enterarse de las necesidades de la Institución, se sentaba el Doctor entre las criaturas que comían en el jardín. Junto a él, había la mesa *dels bons minyons*. Allí tenían lugar dos escenas emotivas: llevar flores al "Señor" y sentarse en la mesa preferida, como premio a la buena conducta.

Esta distinción significaba, caricias paternas, caramelos y algún juguete extraordinario.

Su partida era un espectáculo de agradecimiento infantil: aplausos, revolotear de manos y *aditoses* entusiastas, que resonaban por el espacio como cánticos de fiesta en honor del padre adoptivo.

Gozaba él de la despedida, encantado y feliz, hasta que un recodo del camino le hacía perder de vista a sus protegidos.

Fué lo último a que renunció. Cuando su debilitado organismo no le permitía ninguna actividad, ni la tan sencilla y tierna de estar con los niños en el "ombráculo", se quedaba en la galería del Preventorio contemplando la comida de aquella chiquillería medio enferma; calculaba los centímetros que crecían cada día las paredes de los nuevos edificios y se hacía la ilusión de tonificar su espíritu observando desde aquel mirador el paisaje amplio y multicolor de nuestra incomparable Costa de Levante.

No terminó con su vida la función tutelar que ejerció en el Preventorio. En el testamento legó a cada niño y niña que se hallaren allí en el momento de su muerte, 250 pesetas como primer ingreso a una libreta de la Caja de Ahorros, beneficio que hace extensivo a 100 asilados más de la Casa de Caridad, que tengan mejor aplicación y comportamiento.

Las Casas de Beneficencia de muchas poblaciones de Cataluña, guardan el recuerdo material de su visita. El Hospital de Olot recibió la Sala de Operaciones, a la cual doña Faustina añadió las ropas necesarias. En el Hospital de Granollers hicieron una cosa parecida.

Dieron los terrenos para las Escuelas de Palou.

Contribuyeron espléndidamente a los gastos de instalación del actual edificio social de la Academia de Medicina y ofrecieron el mobiliario de la nueva biblioteca de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña.

Su munificencia llegó a otros lugares y personas que omito para no alargar demasiado esta lectura.

Por eso fué justicia que se le concediera la honorífica distinción de la Gran Cruz de Beneficencia.

* * *

Tengo especial complacencia en recordar que nuestro Hospital, también en vida del Dr. Fábregas, era objeto de su caritativa atención. Ofreció un magnífico Clinoscopio para el departamento de Rayos X de la visita del Dr. Freixas, su fraternal amigo. A menudo compraba objetos para dicha Sala y con motivo de las Navidades hacía un obsequio, de ropas generalmente, a todos los enfermos.

Para que se sepa qué espíritu presidía esta generosidades del Doctor Fábregas, describiré cómo tuvo lugar la del último año de su vida.

Era el 13 de diciembre de 1933, cuando llevaba ya unos meses de enfermedad. En la visita que le hacía a primera hora, antes de venir al Hospital a cumplir mi labor cotidiana, lo encontré incorporado en la cama, abatidísimo, anhelando aquella respiración que le faltaba. Había pasado la noche en una lucha constante porque los desfallecimientos cardíacos se sucedían más de la cuenta. La faz descolorida y afilada presagiaba un próximo fin; la mirada triste y sin

brillo señalaba la extinción del optimismo. Ni tenía alma para escuchar mis palabras caritativamente engañosas, que hasta entonces habían encendido un poco de esperanza; ni pidió la nueva medicación que con tal ansia quería siempre, creyendo que la nueva fórmula traería la prolongación de la vida que tanto amaba. De pronto se iluminó aquella cara trágica, como no ocurría desde hacía muchos días; mira que no le vea nadie (pues odiaba el exhibicionismo), sonríe confiadamente y saca de su bolsillo un billete de 1.000 pesetas, que pone en mis manos, diciendo: *Tome, que no falte, al menos este año, a los pobres enfermos el óbolo de Navidad.*"

Fueron su última sonrisa y casi sus últimas palabras, ya que dos días después cerraba los ojos para siempre.

* * *

Resulta impresionante leer los respectivos testamentos de los señores Fábregas-Mata; son un cántico sublime a la Beneficencia, a la obra social cristiana, a la permanencia que han de tener las cosas nobles. Son el dulce fruto del sentimiento de unos señores en toda la acepción de la palabra, que demuestran cómo la riqueza puede convertirse en virtud.

He aquí un extracto de sus disposiciones:

Legar al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo la cantidad necesaria para construir el Pabellón que estamos inaugurando.

A las Casas de Caridad y Maternidad de Barcelona, valores cuantiosos destinados a la construcción de Pabellones.

Para evidenciar la exquisitez de su caridad, no omitiré la reproducción literal de este capítulo. Dice: "Lego a la Casa de Caridad de Barcelona 500.000 pesetas destinadas a la construcción de la Casa de Horta, del Pabellón o Pabellones necesarios para albergar, junto con los hoy existentes, a todos los niños hasta haber cumplido su instrucción primaria y con el fin de robustecer sus organismos y des-

congestionar la Casa de Barcelona. Es deseo mío que el Pabellón lleve el nombre de mi querido padre don Juan Mata Sirvent y que conste este legado como hecho a la memoria del mismo.”

Con la misma delicadeza legaron a la Casa de Maternidad 500.000 pesetas para construir la “*Institución Maternal Catalana*”.

Además, por ser los herederos universales, al Hospital de la Santa Cruz, a la Casa de Caridad y a la de Maternidad, les corresponde otras cantidades muy importantes.

Los Hospitales Clínico de Barcelona, de Granollers, de Ripoll y de Sigüenza, obtienen valores destinados a producir rentas, con objeto de hacer más dilatado el beneficio y evitar desplazamientos debidos a posibles Juntas caprichosas.

A la Caja de Ahorros y Montepío de Barcelona cedieron una casa cuyos alquileres servirán para cancelar préstamos de menor cuantía las vísperas de Navidad.

La Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País heredó una finca, para crear con su renta, un premio anual destinado a recompensar al servidor más fiel a la Entidad.

Los libros de Medicina son entregados a la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña, y los de de Derecho al Rector de la Universidad para que sean ofrecidos, como premio, al estudiante pobre mejor calificado.

Objetos de arte y cuadros de un valor considerable pasan a los Museos de Barcelona para solaz y estudio de todos los ciudadanos. Las cosas que eran de uso personal deben ser vendidos para destinar su importe a beneficencia.

* * *

He intentado glosar un aspecto de la personalidad de los señores Fábregas-Mata que sintetiza el amor más puro hacia el prójimo y poner de manifiesto el alma y el corazón de estos dos barceloneses

eximios que aparecerán nimbados del fuego sagrado de la Caridad en la memoria de las generaciones futuras.

Otros afectos de selecta ciudadanía: artísticos, sociales y patrióticos, llenaron su fructífera existencia.

El Dr. Fábregas, entusiasta vagneriano y poseedor de una brillante Pinacoteca, se contagiaria su afición a las Bellas Artes por el contacto con el Gremio de Curtidores, Entidad de fuerte tradición artística, a la que perteneció su padre. La familia Fábregas, vivía en un piso de la Casa de los Curtidores, situada en la Calle del Portal Nou, número 2, lugar donde nació mi biografiado el día 11 de noviembre de 1857.

Doña Faustina, educada en un ambiente aristocrático, pero comprensivo de las miserias ajenas, forjó su temperamento inclinado al bien y a la humildad, como perfecta "pubilla" catalana. Nació el 18 de agosto de 1866 y murió el 20 de octubre de 1924. Nueve años más tarde, el día 15 de diciembre de 1933, falleció el que había sido su digno compañero de fervor benéfico.

Pero todas las múltiples actividades que desplegó el matrimonio Fábregas-Mata, concediéndole la más alta categoría espiritual, quedan amortiguadas ante su espíritu de Caridad.

* * *

Los mejores propósitos, las decisiones más elevadas quedan a menudo incumplidas por la indiferencia o mezquindad de los llamados a ejecutarlas. No ha ocurrido así con la testamentaria de los señores Fábregas-Mata, pues sin temor a la exageración, puedo afirmar que las intenciones de los donantes han sido amorosamente superadas.

Por eso y a pesar de estar convencido que mortificaré su fina susceptibilidad, no debo acabar mi parlamento sin rendir un tributo de admiración y nombrar con todos los honores a doña Carmen Uriach Uriach y a los señores don César Doncel Parellada, don Juan Fábregas-

948

470	80160	1.20	071	09108
60	80			80
60	80160			80
	80			80
120	80150	1.20	071	09108
120	80			80
	80150			80
	80			80
	20	1.20	071	09108
	20			80
	20			80

1
1

H

